



Entrevista a José Grandinetti

El melancólico no cuenta con una buhardilla fantasmática en los que buscar-encontrar, otro subrogado de objeto, mediante el cual resolver, renegatoriamente, la tensión libidinal propia a la falta misma que causa su deseo. No se tratará del tiempo de angustiosa espera, tan propio de la aflicción, sino de la desesperación, desesperanzada; del hambre, la soledad y el frío que implican la pérdida de un ideal. Podríamos decir –y eso no deja de ser una conjetura– que el trabajo analítico con el depresivo, ofrece la posibilidad de un tiempo de suplencia del duelo que nunca hubo (en el sentido estructural) a partir del cual registrar al objeto como ausente hasta la aparición de otro ideal.

13-10-2004 - **Por Emilia Cueto**



En el año 1989 usted participó de la fundación de la Escuela de Psicoanálisis del Hospital Borda, de la cual Ud. es fundador, con el antecedente del Centro de Investigaciones Psicológicas y Psicoanalíticas, de ese mismo hospital. ¿Contó con la anuencia de los sectores tradicionales del hospicio? ¿Fue resistido?

La Escuela de Psicoanálisis del Borda, resulta del compromiso constante que un grupo de psicoanalistas mantenemos con el psicoanálisis, tanto en intención como en su extensión, me refiero a la extensión de esa intención. No se trata como decía Masotta, de que los psicoanalistas “bajen al Sur”; nuestro compromiso con el psicoanálisis, implica que sea el psicoanálisis mismo quien regule nuestra presencia institucional. Presencia, que se coteja con la Ética Psicoanalítica, es decir con la lógica que la organiza. Nuestros modos de intervención, nuestros dispositivos y porque no, nuestra disposición, no pueden dejar de pensarse sino es en relación al psicoanálisis. Esto por supuesto, no quiere decir que nuestra participación institucional se parametree sólo en relación al psicoanálisis. Pero somos –y no viene mal recordarlo– además

de psicoanalistas, sujetos de la política. O dicho de otro modo: en tanto la política con sus instituciones, sus operaciones, su discurso, atraviesa nuestra práctica de analistas y de sujetos políticos, no podemos desentendernos de ello. En ese sentido el Centro de Investigaciones Psicológicas y Psicoanalíticas (C.I.P.P.) que -a quienes lo integramos- nos gusta llamar "SI.P" (Sitio de Psicoanálisis), junto con la Escuela de Psicoanálisis del Borda, resultan también de una práctica político-institucional, que comenzó con la apertura de aquel querido Servicio "Enrique Pichón Riviere", que fundé en el año 1984, y que se propuso "pensar-haciendo" cuestiones atinentes al campo del psicoanálisis, al tema de las psicosis y a las instituciones. Creo que aún algunos no me "perdonan" haber desarrollado esa tarea. Es que ese grupo integrado por psicoanalistas en formación (Médicos y Psicólogos), Músicos, Artistas Plásticos, Músico terapeutas, estudiantes de Cine, Escritores, integrantes de la comunidad en general, intentó otro modo de abordar el problema de la psicosis interrogando y cuestionando además, cierta inercia institucional.

Por supuesto que ese proyecto fue resistido por los sectores más reaccionarios de la institución, junto con los "idiotas morales" que nunca faltan, y que por su acomodaticia "neutralidad" se disponen del lado de quien lleva las de ganar. En ese tiempo, los enfrentamientos fueron bastante descarnados y diría que de parte de esa fracción reaccionaria, sin ningún tipo de argumentación. Estoy convencido que para muchos de ellos se trataba sólo de la preservación del poder. De la legitimización de prácticas indignas, corrosivas, para el sujeto.

Con el transcurso de los años, algunas cosas se han modificado, creo que el equilibrio de fuerzas hoy es otro. Esto no quiere decir que no existan aún algunos sectores que pretenden el "orden manicomial", pero también es cierto que son cada vez más los integrantes de la institución que pretenden un cambio en los modos de funcionamiento institucional.

Considero que la institución debe ser permanentemente discutida, transformada, interrogada en su saber.

Pero para no alejarme demasiado de su pregunta diré: que si bien la Escuela de Psicoanálisis del Borda fue, es, y será resistida, esto no implica que su posición sea marginal. No pretende ser ni marginal, ni central.

Si de algo nos advierte el psicoanálisis en relación a estas cuestiones del poder, es del aplastamiento que éste es capaz de producir en los proyectos cuando éstos

pierden el rumbo respecto al deseo que los signa, convirtiéndose en aparatos ideológicos al servicio del poder por el poder. Creo que el poder es uno de los máximos intereses del Yo y en general, se lo usa en contra de las cuestiones del sujeto. Ese apego al poder, convierte al poder en uno de los objetos del Yo, o si usted prefiere, una de las cualidades del Yo. A eso podríamos denominarlo “poder de síntesis” o “poder de achatamiento”.

Dentro de su larga trayectoria en el citado hospital ha sido Jefe de Servicio, ¿Cuáles son las problemáticas y los campos de interés que en la actualidad atraviesan de conjunto los profesionales que se desempeñan en los ámbitos por lo que usted transita?

He sido no sólo Jefe de Servicio, sino lo que es peor para algunos, Coordinador de un Área de la Dirección. Y aclaro esto porque no ha sido sencillo ni para mí, ni para alguno de mis compañeros (y me refiero a enfermeros, médicos, psicólogos, terapeutas ocupacionales, etc.). Que un Psicólogo y para colmo de males, psicoanalista, ocupase por primera vez la Jefatura de un Servicio en una institución psiquiátrica, y luego un Área de Dirección. Esa fue una experiencia inédita para todos nosotros en esa época. Hoy el Hospital cuenta con varios Jefes de Servicio Psicólogos, una Jefa de Servicio que es Socióloga, una Jefa de Servicio de Terapia Ocupacional, en fin, creo que esto habla de la historia de un Hospital que expresa bastante bien las vicisitudes de nuestro país en materia política.

En la actualidad, una de las cuestiones que se plantea para el conjunto de los profesionales, es la de la Ley de Salud Mental de la Ciudad de Buenos Aires. Me refiero a la Ley 448 de Julio del 2.000.

Hay otras cuestiones por supuesto, como la de los Concursos para Directores y Vice Directores. Yo particularmente creo que la Ley 448 en la que participaron algunos profesionales del Borda, expresa y reglamenta muchos de los criterios que se vienen aplicando en el Hospital.

Lamentablemente en nuestra sociedad sigue primando la idea segregacionista respecto del Borda, creo que si bien esas cristalizaciones del imaginario social, no son creadas de la nada, desatienden no sólo el trabajo de transformación que vienen realizando diferentes sectores del Hospital, sino también, desvían la atención, que debería recaer también en el orden Jurídico, en el Político, y por supuesto en el Cultural.

No existen depositarios sin depositantes. Es esa complicidad la que debemos interpretar.

El Borda y los hospitales aledaños (Moyano y Tobar García) fueron creados para aislar y recluir la locura –incluso geográficamente–; no se han desligado aún hoy de su objetivo fundacional. ¿Es factible cambiar el contenido desde dentro de instituciones concebidas para perpetuar ideológicamente su función originaria?

Creo que muchas de nuestras instituciones, no se han desligado de su objetivo fundacional porque no han querido, o no han podido interrogar mediante actos de palabra o palabras en acto-acciones, el mito fundacional de cada una de ellas. Es que aún, no hemos interrogado en acto, el mito fundacional de nuestro país. Somos –me parece, y más allá de la gran cantidad de profesionales y prácticas “psi” – bastante renuentes a la interrogación de nuestros mitos para poder desarticularnos de ellos. Ocurre más bien que a veces se los “interroga” hasta el hartazgo para consagrarlos y sumarles más sentido.

Considero que el cambio de contenido, como dice Usted, se realiza desde adentro-afuera, que implica la participación de todos en las cuestiones de “la polis”.

Las instituciones no son entelequias, suelen ser el resultado de cristalizaciones subjetivas, modos de ser, que se instituyen y gozan de ello. Respecto de esos aparatos, somos todos responsables, claro que de diferentes maneras, pero responsables sí, de enunciar y denunciar su funcionamiento y trabajar para su permanente transformación.

Hace ya un tiempo que vengo proponiendo donde se dé la ocasión, un cambio paradigmático para con las instituciones psiquiátricas. Considero que debemos pensar en instituciones “abiertas al Don de la palabra”, Centros Psicoasistenciales inter y transdisciplinarios. Lugares de encuentro donde amenguar el sufrimiento psíquico. El malestar que inevitablemente requiere vivir en sociedad, y para esto no hay “técnicas”, para ello se requiere –y permítame tomar un término de Heidegger– serenidad. Esto es una ética para tratar con ese Real.

El espacio dado a la palabra en los hospicios antes mencionados ha crecido con el correr de las décadas, sin embargo en la actualidad se sigue aplicando el uso de otro tipo de terapéuticas tales como el electroshock. ¿Cuál es su

posición respecto de este método?

En principio, permítame decirle que el espacio dado a la palabra, no es garantía de nada. Suele haber mucha violencia, mucho manipuleo psicológico en algunas “direcciones de la cura”, que suelen olvidar cuales son los principios de su poder, para ejercer el dominio del otro por diferentes vías. Esto suele ocurrir y lacanismo mediante, se lo disfraza de rimbombantes actos, o manipulaciones, destinadas a “acotar el goce”; las presentaciones de pacientes por ejemplo, las pasantías “zoológicas”. Cuando hablo de transformación permanente me refiero a la revisión de prejuicios, instauraciones fantasmáticas, desconocimientos sistematizados, goce de dominio, en fin, a la contratransferencia, que es siempre una contra a las verdades de cada cual. Por eso creo que no es suficiente otorgarle un espacio a la palabra, sino fundamentalmente, un tiempo. Un tiempo que es siempre el de la interpretación (y aquí el término tiene un alcance mayor), provenga de quien provenga, que permita que esa suma, ese sedimento de palabras, que casi siempre se localiza en un espacio que es de poder –esa es la microfísica del poder– se disperse, se disuelva, se done. Este tipo de instituciones, que como suele decirse muy orondamente, están dedicadas a la Salud Mental, deberían tender (y esto es responsabilidad de sus miembros) al dispendio, a la donación, a la comunicación del saber, del lenguaje. Circulación de las cosas del amor, del deseo, de la muerte.

Creo que sería ésta, una forma de subvertir la legalidad totalizadora del saber, dispensarlo, donarlo. Soportar además las tensiones propias a cada campo del saber. Algo que a mí me gusta llamar “lógicas en conflicto”.

Respecto de las “terapias” de choque eléctrico, puedo decirle que ya el nombre revela cierta insensatez. Más allá de las supuestas buenas intenciones de Cerletti, que fue su mentor, y de su llegada al Borda a través del Dr. Enrique Pichón Rivière, preocupado por la resolución de ciertas crisis psicóticas que llegaban a la catatonía, más allá de éstas respetables cuestiones, creo que el electroshock, es la actualización del mito energetista.

Prefiero las novelas de ficción o el clásico Frankenstein que no lastima a nadie.

En relación a su uso, en las instituciones que Usted nombraba, no puedo decir demasiado, no conozco que es lo que ocurre respecto de su uso en cada una de ellas. En el Borda, la aplicación del electrochoque, requiere de la autorización del Director de Asistencia Médica y del Director del Hospital. En caso de ser aprobado,

el tratamiento debe realizarse con la participación de un médico anestesista. Yo particularmente no sé de casos en los que haya sido usado como castigo, de saberlo, lo denunciaría como lo hice hace varios años.

Me parece de todos modos, que este tema debe ser trasladado también al ámbito privado. Me refiero al uso que suelen hacer del electrochoque en las Clínicas Psiquiátricas. Hay mucho que decir al respecto, pero lamentablemente, no son muchos los profesionales que se aviene a querer dar razones de ese recurso.

Dentro de sus desarrollos teóricos le ha dado importancia al lugar del duelo, incluso afirma que el trabajo de duelo es condición de la transferencia, y en relación a la psicosis habla de un “trabajo forzado”, ¿en que consiste ese trabajo y cuales son sus efectos en la clínica?

Sin desconsiderar las particularidades que cada demanda de análisis pone en juego, por las vías de la Inhibición, el Síntoma o la Angustia, creo que se trata siempre de una labor que implica una “serie” de pérdidas que solamente a partir de la transferencia pueden ponerse en Acto. Por supuesto que tales pérdidas suelen tener para el analizante una localización temporal, un anclaje en su existencia y no podría ser de otro modo, la estructura se encarna y este encarnarse, es vivido muchas veces como encarnizamiento. Al vacilar el amparo fantasmático en el que el sujeto se sostenía, se destaca un hiato que revela, aunque sea por un instante, la irremediable relación del sujeto con la carencia. Esa falta inaugural de la que se hizo prenda. Prenda que lo deja prendado a ese Otro primordial del cual, Metáfora Paterna mediante, podrá separarse. Por supuesto que esta separación a diferencia de su ligazón alienante al Otro Materno, es de su exclusiva responsabilidad. Tal responsabilidad implica una labor que es inaugural respecto de todo posible duelo Real. Separación y pérdida que si bien tienen como “premio consuelo” su posición fantasmática, ésta al ser consecuencia de una falla que no cesa de no inscribirse, no cesará de escribir, por las vías del síntoma, esa carencia que lo Simbólico produjo en lo Real.

Tanto el sujeto como el pequeño a ($\$ \leftrightarrow a$), —es decir su imborrable recuerdo del Otro, o como decía Freud, el Otro inolvidable—, son de alguna manera significantes de esa falta que por las vías renegatorias del fantasma se pretenderá (siempre fallidamente) suturar.

Podríamos decir que el neurótico no sometido al análisis o aún, en algunos

momentos de éste, más que disponerse a hacer el duelo por lo que fue para el Otro, pretenderá por las vías de la “satisfacción” fantasmática, renegar y restaurar esa primitiva pérdida.

Dependerá del deseo del analista que esa labor no obture el vacío con el que el analizante tendrá que vérselas en cada significativa ocasión. Y digo que dependerá de la posición del analista, porque si el analista se deja persuadir por el analizante (en ese caso réplica del objeto *a* de su propio fantasma) en esa demanda de completamiento, el analizante podrá continuar desconociendo sistemáticamente aquello que le falta.

A esta restauración, se abocan las Psicoterapias en general.

Creo que vale la pena diferenciar entonces, la labor del Duelo propia del análisis (más allá de cualquier pérdida producida en la realidad), de ese intento Imaginario-Identificadorio, propio a la idealización del Yo.

Es en ese sentido que me parece que reducir la labor del duelo a una pérdida de objeto en la historia del paciente, lleva a desconocer el carácter estructural de la carencia. Insisto, sería un modo renegatorio de la falta misma de objeto. Creo que esto puede apreciarse en Freud, poniendo en relación *Tres Ensayos*, con *Aflicción y Melancolía*. La pérdida de objeto, (cualquiera sea su estatuto) desvela la falta misma de objeto para la sexualidad del ser hablante.

Por supuesto que en tanto analistas, no desconsideramos el dolor que produce la pérdida de un ser querido, un objeto material o un ideal, sino que al parametrar esa pérdida con el orden estructural que la signa, favorecemos en el analizante un recorrido que no se reduce exclusivamente a su trato con “la realidad”.

Esto tiene como consecuencia, por una parte, no subsumir al sujeto a la realidad, eso que suele entenderse como adaptación, y por la otra, acompañarlo en relación al dolor, que de ser tratado “pietistamente” corre siempre el riesgo de convertirse en un objeto pulsional. En esto por supuesto se juega tanto la responsabilidad subjetiva del sujeto, como la responsabilidad del analista en la cura.

Creo que la labor del Duelo es solidaria de la transferencia, en la medida en que por las vías de la transferencia el analista se “hace hacer *a*, con el *a* del analizante”. Y este hacerse *a*, en tanto semblante y no con cualquier cosa, sino a partir de “La Cosa”, implica una cesión de objeto, que considero no puede hacerse sin esa labor del Duelo. Digamos que tiene a ese trabajo de duelo como condición necesaria, aunque no suficiente. Trabajo de duelo, que puede apreciarse hasta el

fin del análisis. Fin que por supuesto, va más allá de las últimas sesiones.

Tal como planteaba hace algunos años en un trabajo sobre la Psicosis Depresiva, que creo es al que Usted se refiere, sigo pensando que en la Melancolía, la forclusión del Significante del Nombre del Padre, deja al sujeto a merced del engullimiento del Otro Materno, reintegrándolo como producto en el establecimiento de una “relación” objeto-otro, sostenida por los ideales del Otro Materno que recaen sobre el melancólico, constituyéndolo en objeto sujetado al Ideal. De allí que la pérdida del objeto en tanto ideal, deja al melancólico desarticulado, perdido en su ser de objeto ideal; en ese sentido, desestabilizado respecto de una “relación ideal”. En general, el accidente que desencadena a la Psicosis Depresiva es atinente “al objeto que se fue”, en esa relación “Yo-Ideal del Yo”. Por eso decía en ese escrito, que el objeto en la Melancolía se sostiene desde la realidad y en el lugar del Ideal.

El melancólico no cuenta con una “buhardilla fantasmática” en los que buscar-encontrar, otro subrogado de objeto, mediante el cual resolver, renegativamente, la tensión libidinal propia a la falta misma que causa su deseo. No se tratará del tiempo de angustiosa espera, tan propio de la aflicción, sino de la desesperación, desesperanzada; “del hambre, la soledad y el frío” que implican la pérdida de un ideal. Podríamos decir –y eso no deja de ser una conjetura– que el trabajo analítico con el depresivo, ofrece la posibilidad de un tiempo de suplencia del duelo que nunca hubo (en el sentido estructural) a partir del cual “registrar” al objeto “como ausente” hasta la aparición de otro ideal.

Estabilización tal vez siempre precaria y por lo tanto sujeta al análisis, que permitiría creo, mantener al sujeto melancólico, libre de una identificación mortal del yo con el objeto perdido para el Ideal.

Esto desde ya, implica para el analista, una serie de consideraciones éticas que no deberían dejar de lado la modalización propia a la estructura de la Psicosis Depresiva, evitando “compararla” con la Neurosis, desconsiderando así los límites y las limitaciones que hacen a su particular compaginación estructural.

Elida Fernández tomando desde los textos de Freud hasta las actuales investigaciones de Marta Gerez, destaca que en la locura –que diferencia de la psicosis– nos encontramos con un duelo patológico como antecedente. ¿Cuál es su concepción del duelo en relación a la locura?

Si bien leí algún artículo de Elida Fernández y el último libro de Marta Gerez, a quienes por otra parte considero dos analistas de amplia trayectoria, desconozco el contexto en el que se produce tal afirmación. Podría decirle que el término locura me parece demasiado amplio y exceptuando el trabajo de Maleval acerca de la locura histérica, un “concepto” algo indefinido. Por otra parte, algunos autores como Marcel Czermak, suelen hablar de locura resonante y en cierta línea psiquiátrica se habla de locuras rasonantes. Sospecho que suele hacerse del término locura, una suerte de adjetivo calificativo referido a ciertos excesos propios de la estructura neurótica.

Creo que el duelo por el falo, imprime siempre un cierto Pathos al Sujeto, pero convendría diferenciar los condicionamientos que enardecen la manifestación de la estructura neurótica, de la determinación estructural, sin confundir entonces, estructura con envoltura.

El texto de Freud “Duelo y Melancolía” ha sido leído de forma crítica por algunos psicoanalistas, incluso M.Klein y Lacan. Lacan dice que la vía abierta por Freud en torno al duelo y la melancolía no está articulada convenientemente. ¿Cuáles son sus consideraciones sobre este texto?

En principio, considero –y ésta es mi humilde opinión– que aislar un determinado artículo de Freud, de Lacan, o de quien sea, no es fructífero si se quiere hacer una lectura Intertextual. A los textos conviene ponerlos en relación, hacerlos conversar, aunque “habiten” espacios diferentes. Me parece que ese fue el sentido de “un retorno a Freud”, propuesto por Jacques Lacan.

Antes le decía que a mí me resultaba fructífero poner en relación “Aflicción y Melancolía”, con “Tres Ensayos”. Agrego ahora, no sólo la Introducción que Freud hace al concepto de narcisismo, sino además, el artículo de “La Denegación”, junto con la conceptualización que de él hace Jacques Lacan, a partir del “Comentario de J. Hyppolite. A partir de allí, me parece que Aflicción y Melancolía cobra otro valor, en especial, respecto de la cuestión del Duelo. Mi idea, –sería exagerado decir mi hipótesis– es que esa articulación se juega en un tiempo mítico-estructural respecto del duelo. La afirmación de lo Simbólico (Bejahung) permite registrar una pérdida (Ausstossung) que inaugura a partir de esa carencia, un modo de producción estructural, característico de la estructura neurótica. Esa primera marca, ese trazo que no es sin dolor psíquico, (de esto trata Freud en el Proyecto) inaugura el duelo

en su dimensión Simbólico-Real. Esto no se opone a la dimensión Simbólico-Imaginaria que Freud, me parece, desarrolla en Aflicción y Melancolía, todo lo contrario, la anuda.

Sintetizando diría que: Aflicción y Melancolía se refiere a ese No Saber que se pierde en lo perdido y que es del orden del acontecimiento estructural, aunque necesariamente se despliega en las vicisitudes de la existencia. Y aunque esto no podría ser de otra manera (no somos ángeles), permite advertirnos de la diferencia entre lo que existe y aquello que en lo que ex-siste no cesa de no insistir.

Jean Allouch propone –a diferencia de Freud– que el objeto del duelo es insustituible; que el duelo no es cambiar de objeto, sino modificar la relación con el objeto. ¿De qué manera piensa Ud. el lugar del objeto en el duelo?

-No he leído esa propuesta de Allouch, por lo tanto, no puedo hacer ningún comentario al respecto. No sé a qué se refiere esa imposibilidad de sustitución, a menos que esa imposibilidad trate acerca de lo Real y en ese sentido afirme que el objeto del duelo se refiere a la falta misma de objeto. Carencia en ese sentido insustituible, incolmable. De todos modos, resultaría conveniente diferenciar *das Ding*, La Cosa fundamentalmente perdida para todo ser hablante, de los “intentos” de “recuperación” siempre fallidos, que articulan simbólico-imaginariamente ese Real imposible. Creo que sí se trata de una modificación en la relación con el objeto, pero esto no debería oponerse imaginariamente al cambio de objeto que puede darse en la serie de los subrogados de objeto, ya que esa serie, como toda serie, es no sólo Imaginaria sino también Simbólica y destaca lo Real, lo revela. Por eso diría que el duelo por la falta de objeto, que ningún objeto puede cubrir, aunque sí necesariamente encubrir, implica el reconocimiento de un vacío que sin dudas, afectará el modo de relación con el objeto. Diría más; de eso se trata el psicoanálisis, a diferencia del arte, de la religión o la ciencia, de su particular modo de tratar con el vacío. Arriesgaría decir, –y tome esto como una hipótesis– que en cierto sentido, el duelo es imposible en tanto se refiere a una labor que implica la articulación de lo Simbólico y lo Real que no cesa de no realizarse. Imposible entonces que es condición de simbolización “exitosa”, es decir, siempre fallida. ¿Por qué no situar entonces el duelo en el tiempo mítico estructural de la *Bejahung* - *Ausstossung*, como Primer Tiempo del Duelo?

Respecto del amor y la “psicosis depresiva” Ud. plantea que no se trata de una demanda dirigida al Otro, sino de una exigencia de amor que no tiene al Falo como medida. Si bien postula diferencias con el goce femenino también sostiene que habría articulaciones. ¿Cuáles serían esas articulaciones posibles?

Cuando me referí, en alguna oportunidad al amor en la melancolía, como un amor sin escena, sin lugar, trataba de situar esta forma de amor en correspondencia con la *Verwerfung*. No se trata de un amor, que como todo amor reniega de la falta de proporción sexual, es decir que pretende fantasmáticamente hacer Uno con el Otro, sino de un amor que paradójicamente, no quiere saber nada. Esto es, rechaza toda implicancia del amor con la castración. Considero, por otra parte, que el desfallecimiento de la palabra en la melancolía, no es sin consecuencia en el territorio del amor. De allí que sin ser por eso terminante, diría que se trata de un amor sin verso, sin prosa, sin letra. En ese sentido, un amor sin engaño (y no me refiero a cuestiones de infidelidad conyugal, se entiende), sin misterio, sin extimidad. Propiedades éstas (la extimidad y el misterio) que podríamos decir caracterizan al No Todo del goce femenino, en su relación con el goce fálico. El amor en la melancolía, conjeturo, está en un “más acá” del falo como medida. Confiriéndole a veces cierta apariencia de misterio, que no es más que ausencia de marca, silencio devastador.

Como ocurre en el mito de Narciso, comentado por Ovidio, la voz es Eco y la mirada, pasión moral por el reflejo. Esto no quiere decir que el amor en la neurosis esté libre de implicancias narcisísticas. De ninguna manera. Ocurre creo, que es más soportable en sus crisis. O para decirlo con otras palabras: el amor es siempre una crisis. Crisis del Edipo, crisis de la castración, crisis de la falta de objeto. Cuando decimos que la estructura del amor en la neurosis, implica una condición renegatoria en el locus del fantasma y porque no, una argumentación denegatoria en el decir acerca del amor en la prédica de los amantes, no dejamos de situar por ello la falta en el Otro. En la neurosis, el amor se ofrece como bálsamo de esa rajadura que justamente reconoce. A esa rajadura, muchas veces el neurótico suele rajarle. Es digamos un amor locus, con sitio Otro, del que bien podría decirse, llegan a veces Cartas de Almor. Un amor con letra. Un amor signado por la Metáfora Paterna y en cierto sentido, un amor oblativo. Un amor, que siempre sustituye una cosa por otra.

El amor en la neurosis hace lazo justamente porque el abrazo nunca alcanza, ninguna estrechez podrá abolir ni el vacío ni el azar.

¿Se podría pensar a su vez alguna bisagra con el amor en la perversión?

Podríamos decir que el amor, al igual que el deseo (al menos en la neurosis), están per-versamente orientados, siempre y cuando se entienda que se trata de una dirección. De una versión otorgada por el padre en uno de los tiempos del Edipo. Que el padre otorgue una dirección, no quiere decir que esta dirección sea él, o se dirija a él.

En relación a las perversiones, me parece interesante revisar el trato que se le otorga al amor en ciertos “acuerdos” contractuales, o a su institucionalización en la sociedad actual. Hago mía una idea de Deleuze y la sitúo en relación al amor: los masoquistas aman los contratos y los sádicos aman las instituciones. Tal vez no se trate ni de un amor muerto, ni de un amor loco, sino como decía el poeta Rimbaud, inventar permanentemente el amor. Y ¿cómo reinventar, en relación a la falta de objeto, nuevas formas de relación con el objeto de amor, si el significante destinado a permitir esa “gran equivocación”, ha sido estructuralmente forcluído?

José Grandinetti

Psicoanalista

Jefe del Servicio de Atención Psicoanalítica de las Crisis,
del Hospital Psicoasistencial Interdisciplinario J. T. Borda.

Director del Centro de Investigaciones Psicológicas y Psicoanalíticas
(C.I.P.P.) – Escuela de Psicoanálisis del Hospital J. T. Borda.

Secretario Científico de la Asociación de Profesionales del Hospital J. T. Borda

Fuente: www.elsigma.com